

**Abrimos nuestro corazón al Espíritu Santo Dios, que nos conducirá a la Verdad plena**

**ORACION COLECTA**

**“Padre Santo, que nos mandaste escuchar a tu Hijo amado, alimenta nuestro espíritu con tu Palabra, para que, después de haber purificado nuestra mirada interior, podamos contemplar gozosos la gloria de su Rostro”**

**Por N.S.J.C., tu Hijo que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.**

**Escuchamos y leemos los signos de Dios en nuestras vidas, desde nuestra propia realidad personal y comunitaria**

Ya estamos transcurriendo el **tiempo litúrgico de cuaresma**, se nos ha invitado a vencer las tentaciones con Cristo .... a ayunar del mundo y de nosotros mismo, como el mejor modo de dejar el espacio a Dios ...Hemos dicho también que este tiempo es **rico en la revelación que Jesús nos hace de sí**, en aspectos profundísimos de **su persona y de su misión** ..... Jesús ha asumido un mesianismo absolutamente encarnado y humilde..... invita a vivir así ..... para qué ¿cuál es el sentido de toda esta misión? De todo éste abajamiento?

**Escuchamos atentamente la S. Escritura en la cual Dios también nos habla**

**Mat 17,1-9**

*¡Habla, Señor, que tu pueblo escucha!*

**La palabra escuchada ha hecho resonar ECOS en nuestro corazón y en nuestras conciencias: ¿cuáles son? ¿los compartimos?**

**Es necesario REFLEXIONAR, PENSAR JUNTOS, algunos aspectos del texto, que conocidos, nos permiten interpretar el mensaje**

ESCUCHAR SOLO A JESÚS Jesús toma consigo a sus discípulos más íntimos y los lleva a una «montaña alta». No es la montaña a la que le ha llevado el tentador para ofrecerle el poder y la gloria de «todos los reinos del mundo». Es la montaña en la que sus más íntimos van a poder descubrir el camino que lleva a la gloria de la resurrección. El rostro transfigurado de Jesús «resplandece como el sol» y manifiesta en qué consiste su verdadera gloria. No proviene del diablo, sino de Dios, su Padre. No se alcanza por los caminos del poder mundano, sino por el camino paciente del servicio oculto, el sufrimiento y la crucifixión. Junto a Jesús aparecen Moisés y Elías, tal vez como representantes de la ley y los profetas. No tienen el rostro resplandeciente, sino apagado. No se ponen a enseñar a los discípulos, sino que «conversan con Jesús». La ley y los profetas están orientados y subordinados a él. Pedro, sin embargo, no logra intuir el carácter único de Jesús: «Si quieres haré tres chozas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías». Coloca a Jesús en el mismo plano que a Moisés y Elías. A cada uno su choza. No sabe que a Jesús no hay que equiparlo con nadie. Es Dios mismo quien hace callar a Pedro.

«Todavía estaba hablando» cuando, entre luces y sombras, oyen su voz misteriosa: «Este es mi Hijo amado», el que tiene el rostro glorificado por la resurrección. «Escuchadlo a él». A nadie más. Mi Hijo es el único legislador, maestro y profeta. No lo confundáis con nadie. Los discípulos caen por los suelos «llenos de espanto». Les da miedo «escuchar solo a Jesús» y seguir su camino humilde de servicio al reino hasta la cruz. Es el mismo Jesús quien los libera de sus temores. «Se acercó» a ellos como solo él sabía hacerlo; «los tocó» como tocaba a los enfermos, y les dijo: «Levantaos, no tengáis miedo» de escucharme y de seguirme solo a mí. También a los cristianos de hoy nos da miedo escuchar solo a Jesús. No nos atrevemos a ponerlo en el centro de nuestras vidas y comunidades. No le dejamos ser la única y decisiva Palabra. Es el mismo Jesús quien nos puede liberar de tantos miedos, cobardías y ambigüedades si nos dejamos transformar por él.

ESCUCHAR A JESÚS EN LA SOCIEDAD ACTUAL Todavía hace unos años era la religión la que ofrecía a la mayoría de las personas criterios para interpretar la vida y principios para orientarla con sentido y responsabilidad. Hoy, por el contrario, son bastantes los que prescindir de Dios para enfrentarse solos a su vida, sus deseos, miedos y expectativas No es tarea fácil. Probablemente nunca le ha resultado al individuo tan difícil y problemático detenerse a pensar, reflexionar y tomar decisiones sobre sí mismo y sobre lo importante de su vida. Vivimos sumergidos en una «cultura de la intrascendencia», que ata a las personas al «aquí» y al «ahora», haciéndoles vivir solo para lo inmediato, sin apertura alguna al misterio último de la vida. Nos movemos en una «cultura del divertimento» que arranca a las personas de sí mismas y les hace vivir olvidadas de las grandes cuestiones que llevan en su corazón. El hombre de nuestros días ha aprendido muchas cosas, está informado de cuanto acontece en el mundo que le rodea, pero no sabe el camino para conocerse a sí mismo y construir su libertad. Muchos suscribirían la oscura descripción que hacía el director de La Croix, G. Hourdin, hace algunos años: «El hombre se está haciendo incapaz de querer, de ser libre, de juzgar por sí mismo, de cambiar su modo de vida. Se está convirtiendo en el robot disciplinado que trabaja para ganar el dinero, que después disfrutará en unas vacaciones colectivas. Lee las revistas de moda, ve las emisiones de televisión que todo el mundo ve. Aprende así lo que es, lo que quiere y cómo debe pensar y vivir».

Necesitamos más que nunca atender la llamada evangélica: «Este es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Escuchadlo». Necesitamos pararnos, hacer silencio y escuchar más a Dios revelado en Jesús. Esa escucha interior ayuda a vivir en la verdad, a saborear la vida en sus raíces, a no malgastarla de cualquier manera, a no pasar superficialmente ante lo esencial. Escuchando a Dios encarnado en

Jesús descubrimos nuestra pequeñez y pobreza, pero también nuestra grandeza de seres amados infinitamente por él. Cada uno es libre para vivir escuchando a Dios o dándole la espalda. Pero, en cualquier caso, hay algo que hemos de recordar todos, aunque resulte escandaloso y contracultural: vivir sin un sentido último es vivir de manera «in-sensata»; actuar sin escuchar la voz interior de la conciencia es ser un «in-consciente».

**LOS MIEDOS EN LA IGLESIA** Probablemente es el miedo lo que más paraliza a los cristianos en el seguimiento fiel a Jesucristo. En la Iglesia actual hay pecado y debilidad, pero hay sobre todo miedo a correr riesgos. Hemos comenzado el tercer milenio sin audacia para renovar creativamente la vivencia de la fe cristiana. No es difícil señalar alguno de estos miedos. Tenemos miedo a lo nuevo, como si «conservar el pasado» garantizara automáticamente la fidelidad al Evangelio. Es cierto que el Concilio Vaticano II afirmó de manera rotunda que en la Iglesia ha de haber «una constante reforma», pues «como institución humana la necesita permanentemente». Sin embargo, no es menos cierto que lo que mueve en estos momentos a la Iglesia no es tanto un espíritu de renovación cuanto un instinto de conservación. Tenemos miedo para asumir las tensiones y conflictos que lleva consigo buscar la fidelidad al evangelio.

Nos callamos cuando tendríamos que hablar; nos inhibimos cuando deberíamos intervenir. Se prohíbe el debate de cuestiones importantes, para evitar planteamientos que pueden inquietar; preferimos la adhesión rutinaria que no trae problemas ni disgusta a la jerarquía. Tenemos miedo a la investigación teológica creativa. Miedo a revisar ritos y lenguajes litúrgicos que no favorecen hoy la celebración viva de la fe. Miedo a hablar de los «derechos humanos» dentro de la Iglesia. Miedo a reconocer prácticamente a la mujer un lugar más acorde con el espíritu de Jesús. Tenemos miedo a anteponer la misericordia por encima de todo, olvidando que la Iglesia no ha recibido el «ministerio del juicio y la condena», sino el «ministerio de la reconciliación». Hay miedo a acoger a los pecadores como lo hacía Jesús. Difícilmente se dirá hoy de la Iglesia que es «amiga de pecadores», como se decía de su Maestro. Según el relato evangélico, los discípulos caen por tierra «llenos de miedo» al oír una voz que les dice: «Este es mi Hijo amado... escuchadlo». Da miedo escuchar solo a Jesús. Es el mismo Jesús quien se acerca, los toca y les dice: «Levantaos, no tengáis miedo». Solo el contacto vivo con Cristo nos podría liberar de tanto miedo.

**LOS MIEDOS DEL HOMBRE DE NUESTROS DÍAS** ¿Qué le está pasando al hombre de hoy? Nunca había tenido antes tantos conocimientos para controlar la vida; jamás había poseído tantos recursos técnicos y científicos para resolver sus problemas. Sin embargo, según los estudiosos, hoy vivimos más inseguros y amenazados que en épocas anteriores, anidando en nuestro interior miedos de todo tipo, a veces sin razón aparente. ¿Por qué se escucha a tantos esa extraña frase: «Todo me da miedo»? El prestigioso psiquiatra y buen amigo Vicente Madoz ha publicado un excelente trabajo titulado Los miedos del hombre moderno, donde, con la clarividencia y sencillez del verdadero experto, va analizando tanto los miedos irracionales del hombre actual como sus miedos concretos a la enfermedad, la vejez, la muerte, el fracaso, el desamor o la soledad. La inquietud y desazón de no pocos tiene que ver, sin duda, con los profundos y rápidos cambios que se están produciendo en la sociedad.

También con el individualismo, la insolidaridad o el pragmatismo exagerado. Pero es fácil detectar, además, una angustia existencial, a veces solapada o disfrazada, que está muy ligada a las grandes incógnitas de la vida y que surge en no pocos ante la enfermedad, la vejez, el fracaso, el desamor o la muerte. El origen de los miedos concretos que hacen sufrir tanto, a veces de manera inútil y desproporcionada, puede ser muy diferente y requiere en cada caso una atención específica adecuada, pero no es difícil percibir en bastantes una «existencia vacía de contenido, dispersa y desorientada». Según el doctor Madoz, «es el caldo de cultivo idóneo en el que se alimentan y se nutren tanto la angustia fundamental del hombre de hoy como todo tipo de miedos neuróticos secundarios». Pocas palabras se repiten más en los evangelios que estas de Jesús: «No tengáis miedo», «Confiad», «No se turbe vuestro corazón», «No seáis cobardes». El relato del Tabor recoge el mismo mensaje. Cuando los discípulos, envueltos por las sombras de la nube, caen por tierra abrumados por el miedo, escuchan estas palabras de Jesús: «Levantaos, no tengáis miedo». Enseguida se oye una voz de lo alto: «Este es mi Hijo amado... Escuchadlo». Nunca hemos de rebajar la fe a remedio psicológico, pero escuchar a Dios revelado en Jesús y dejarse iluminar por su Palabra puede sanar al ser humano en sus raíces más hondas, dando sentido e infundiendo una confianza básica indestructible.

**EL RIESGO DE INSTALARSE** Tarde o temprano, todos corremos el riesgo de instalarnos en la vida, buscando el refugio cómodo que nos permita vivir tranquilos, sin sobresaltos ni preocupaciones excesivas, renunciando a cualquier otra aspiración. Logrado ya un cierto éxito profesional, encauzada la familia y asegurado, de alguna manera, el porvenir, es fácil dejarse atrapar por un conformismo cómodo que nos permita seguir caminando en la vida de la manera más confortable. Es el momento de buscar una atmósfera agradable y acogedora. Vivir relajado en un ambiente feliz. Hacer del hogar un refugio entrañable, un rincón para leer y escuchar buena música. Saborear unas buenas vacaciones. Asegurar unos fines de semana agradables... Pero, con frecuencia, es entonces cuando la persona descubre con más claridad que nunca que la felicidad no coincide con el bienestar. Falta en esa vida algo que nos deja vacíos e insatisfechos. Algo que no se puede comprar con dinero ni asegurar con una vida confortable. Falta sencillamente la alegría propia de quien sabe vibrar con los problemas y necesidades de los demás, sentirse solidario con los necesitados y vivir, de alguna manera, más cerca de los maltratados por la sociedad. Pero hay además un modo de «instalarse» que puede ser falsamente reforzado con «tonos cristianos». Es la eterna tentación de Pedro que nos acecha siempre a los creyentes: «plantar tiendas en lo alto de la montaña». Es decir, buscar en la religión nuestro bienestar interior, eludiendo nuestra responsabilidad individual y colectiva en el logro de una convivencia más humana. Y, sin embargo, el mensaje de Jesús es claro. Una experiencia religiosa no es verdaderamente cristiana si nos aísla de los hermanos, nos instala cómodamente en la vida y nos aleja del servicio a los más necesitados. Si escuchamos a Jesús, nos sentiremos invitados a salir de nuestro conformismo, romper con un estilo de vida egoísta en el que estamos tal vez confortablemente instalados y empezar a vivir más atentos a la interpelación que nos llega desde los más desvalidos de nuestra sociedad.

Pagola, el camino abierto por Jesús, PPC

---

---

**6) La experiencia de la vida compartida, la Palabra proclamada, la información recibida, la meditación realizada seguramente nos ha dejado una riqueza, una maduración, una sabiduría en la Fe que buscan hacerse oración y acción por el Reino de Dios para que venga**

Ahora realizamos, las suplicas, acciones de gracias o peticiones que podamos agregar.....

---

---

**7) ACTUAMOS: podemos realizar un propósito de vida personal y/o comunitario**